



La circuncisión

Texto: Francisco de Paula Aguilar Barranco



Ya han transcurrido los ocho días preceptivos y en casa de Isahq ibn Saprut, cercana al Raudal, el ajetreo es continuo. Desde la aurora, Isahq ha realizado la vigilia de rezos, predecesora de la gran ceremonia. Las mujeres se afanan por preparar el ágape para festejar el Brit Milá del pequeño Hasday. Raquel, la madre, se preocupa de que las tradicionales recetas de sus ancestros dominen la cocina en un día tan señalado como es la circuncisión de su hijo; no faltarán, a los postres, las ensaladas de frutas y los baklavas para

agasajar a los amigos islamitas, las tortas de miel, imprescindibles para las grandes celebraciones, como dulce muestra de los buenos deseos; pero Raquel no puede evitar el sentirse, ella misma, dolorida en su intimidad por la herida que sufrirá su pequeño.

Isahq está ya preparado con sus mejores galas, en la sinagoga le esperan los maestros de la Ley comandados, hoy, por su padre que ejercerá de Mohel. Sus amplios conocimientos médicos y religiosos y su condición familiar le facultan sobradamente para ello.

Al salir de casa, mira con

respeto y satisfacción el Magen David que luce en su fachada. Con paso decidido se adentra en las callejuelas que le llevarán a la sinagoga. Allí, Isahq entrega a su padre al crío, envuelto en el fino y delicado manto de purificación que ha ido pasando de madres a hijas desde muchas generaciones anteriores. El patriarca de la familia coge al nieto entre sus brazos, eleva la mirada al cielo y con firmeza y convicción lo muestra a la comunidad que aguarda impaciente.

El abuelo mira a Hasday y ve en sus ojos grandes, negros, ajenos a los problemas

cotidianos, el reflejo de un futuro ilusionante y esperanzador. Se cruzan las miradas, la del bebé a un horizonte aún difuso, la del viejo con un amor infinito hacia el que él presiente como alguien transcendental en los años venideros. El padre de Isahq tiene pensado ser, él mismo, el preceptor de su nieto y ruega a Yhaveh le conceda los años de vida suficientes para mostrar a Hasday la senda del saber. Lo hará caminar por los vericuetos de la Torá, le enseñará los secretos que guarda el firmamento, el poder que tienen las plantas, las particularidades y caracte-

rísticas propias de cada animal, el pensamiento de los grandes sabios, la estructura familiar y social. Le enseñará la vida.

Hasday patatea sobre la mesa, ajeno a la ceremonia que está comenzando. El Mohel, su abuelo, retira el mantón y los pañales y desenrolla el hatillo de bisturíes y escalpelos que tiene preparados para la celebración.

Un corte enérgico, contundente, unas palabras de oblación, el llanto del pequeño, el abrazo amoroso y la entrega a su progenitor.

Hasday ya es miembro de la comunidad judía.